

VIOLENCIA, MEMORIA  
Y REBELIONES

VIOLENCIA, MEMORIA Y REBELIONES:  
HACIA UNA CULTURA DE PAZ

Gil Arturo Ferrer Vicario  
Claudia E. G. Rangel Lozano  
Evangelina Sánchez Serrano  
Camilo Valqui Cachi  
Iliana Olmedo Muñoz  
Judith Solís Téllez  
Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez  
Juventina Salgado Román  
Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve  
Tomás Bustamante Álvarez  
Daniel Gatica Polco



*Violencia, memoria y rebeliones: hacia una cultura de paz,*  
de Gil Arturo Ferrer Vicario *et al.*

Diseño de la cubierta: Efraín Herrera  
Pintura *Peregrinaciones de las ausencias*,  
de José Luis Correa Catalán

Primera edición: 2018

D.R. © 2018 Universidad Autónoma de Guerrero  
Universidad Autónoma de Guerrero  
Av. Javier Méndez Aponte núm. 1  
Fraccionamiento Servidor Agrario, 39070  
Chilpancingo, Guerrero  
ISBN: 978-607-9440-51-0

D.R. © 2018 David Moreno  
Editorial Itaca  
Piraña 16, Colonia del Mar  
C.P. 13270, Ciudad de México  
tel. (55) 5840 5452  
ed.itaca.mex@gmail.com  
itaca00@hotmail.com  
www.editorialitaca.com.mx  
ISBN: 978-607-98083-5-8

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

Prólogo <i>Silvia Dutrénit Bielous</i>	11
Introducción <i>Iliana Olmedo Muñoz</i> <i>Claudia E. G. Rangel Lozano</i>	15
La ruralidad protagonista de la historia mexicana <i>Gil Arturo Ferrer Vicario</i>	21
El Estado y su dominación <i>Daniel Gatica Polco</i>	55
La desaparición forzada en México como política de Estado. Soterrada y continua (1965-2014) <i>Claudia E. G. Rangel Lozano</i> <i>Evangelina Sánchez Serrano</i>	73
Ayotzinapa: en la construcción histórica, social y cultural de Guerrero <i>Tomás Bustamante Álvarez</i>	103

Ayotzinapa, el capital y el Estado del siglo XXI <i>Camilo Valqui Cachi</i>	139
Apuesta al olvido. Algunos antecedentes de las desapariciones forzadas en el estado de Guerrero y en México. Nos faltan + de 43 <i>Judith Solís Téllez</i>	173
Representación de la violencia hacia la mujer en la literatura mexicana contemporánea <i>Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez</i>	191
La guerra sucia del periodismo mexicano: el golpe a <i>Excélsior</i> <i>Iliana Olmedo Muñoz</i>	207
Ciencia, conciencia y espiritualidad para la paz <i>Juventina Salgado Román</i> <i>Ma. de los Angeles Silvina Manzano Añorve</i>	224

# CIENCIA, CONCIENCIA Y ESPIRITUALIDAD PARA LA PAZ

*Juventina Salgado Román\**  
*Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve\*\**

## *Introducción*

Hoy asistimos a crisis agudas en los diferentes campos de la vida del planeta; éstas llevan a los científicos a cuestionar y repensar el carácter reduccionista de la ciencia y de sus métodos, por cuanto dejan de lado dimensiones relevantes del conocimiento, entre éstas la espiritualidad, cuya inclusión conduciría hacia una ciencia equilibrada e integral. Concordantemente supondría una comprensión holística del hombre, es decir, del carácter ontológico que nos es inherente como especie, ya que más allá de las diferencias individuales, raciales o genéricas, compartimos la misma naturaleza fundamental que nos hermana; sin embargo, carecemos de esa visión. “Empujados por la codicia

\* Docente investigadora del Posgrado en Humanidades de la Unidad Académica de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro), México.

\*\* Docente investigadora del Posgrado en Humanidades de la Unidad Académica de Filosofía y Letras de la UAGro, México.

e ignorantes de su conexión con el todo, los seres humanos insisten en un comportamiento que, de continuar desbocado, provocará nuestra propia destrucción” (Tolle, 2005: 8).

En el mundo medieval aún existía la percepción de una totalidad integrada; pero alrededor de 1700 el universo comienza a ser visto como inorgánico e inerte, y a ser explicado como miríadas de ciegas fuerzas mecánicas; y el hombre comienza a sentirse divorciado por completo de la naturaleza. Éstas son las bases de la ciencia moderna: el universo concebido como mera materia y energía física –la *res extensa* de Descartes– se volvió su campo de estudio; mientras que el alma individual y el espíritu –el “yo” cartesiano– se volvieron asunto exclusivo de la Iglesia. Esta visión todavía prevalece, sostenida por los principios del mecanicismo y reduccionismo científicos, que todo lo explican. La cultura occidental todavía se enorgullece de su científicismo, el cual supone que no existe otra realidad que la visible, tangible y medible; por eso en esta civilización predomina el racionalismo instrumental, el cual considera que el conocimiento científico es el único válido, y por consiguiente niega la existencia de una sabiduría o conciencia intuitiva.

### *Del reduccionismo científico al pluralismo*

Talbot (2007) sugiere que si bien la ciencia es la mejor herramienta que hasta ahora hemos tenido para acceder al conocimiento, todavía no es capaz de abrirse a campos metafísicos y espirituales; requiere de una reestructuración para dar cuenta de la complejidad de la realidad, y para eso necesita aceptar la existencia de los fenómenos espirituales y psíquicos. El Dalai Lama (2007: 23) señala que los principales problemas que se derivan del materialismo científico son dos: una estrecha percepción de la realidad, y el nihilismo que de ésta resulta. Desde una perspectiva filosófica y especialmente humanista, el materialismo y el reduccionismo conducen a un muy debatible empobrecimiento de la comprensión de nosotros mismos como especie. El Dalai Lama dice, por ejemplo, que el mero hecho de considerarnos seres nacidos al azar, o bien como seres especiales dotados de conciencia y moral, incidirá en la manera como nos concebimos a nosotros mismos y percibimos a los demás.

La configuración histórica de la ciencia moderna, sustentada en la visión predominantemente materialista, no sólo se nutre de los fundamentos filosóficos que nos han conducido a una percepción mecanicista y fragmentada de la realidad; además, la ciencia moderna se basa en una metodología inevitablemente reduccionista. Sus fundamentos filosóficos han tejido una trama por demás compleja, la cual constituye el pensamiento occidental –un pensamiento para el que la materia aparece como fundamento de toda realidad.

De ahí que el principio de *incertidumbre* de Heisenberg (Lindley, 2008: 9) haya sido tan perturbador: evidenciaba la debilidad de los fundamentos de la ciencia, porque su planteamiento suponía no sólo comprender las leyes de la naturaleza desde una perspectiva diferente sino también implicaba plantear una manera distinta de comprenderla; “su principio de la incertidumbre concernía al acto más elemental de la ciencia: ¿cómo adquirimos el conocimiento acerca del mundo, la clase de conocimiento que podemos someter al análisis científico?”. Su hallazgo consistió en que se pueden medir la velocidad o la posición de una partícula, pero no ambas al mismo tiempo.

Si como lo ha demostrado la misma ciencia con sus más recientes hallazgos dentro del campo de la física, no existe separación entre el objeto observado y el observador, sino que ambos se ven afectados por la conciencia del segundo –“o de forma más indirecta y menos obvia: el acto de observar cambia la cosa observada” (Lindley, 2008: 10)–, entonces el objetivismo en el proceso de conocer no es lo que se ha creído por mucho tiempo, un evento aislado de la conciencia, sino experiencias donde el conocedor tiene un papel fundamental. “Pero siempre debemos tener en cuenta la advertencia de Bohm de que las etiquetas conceptuales que utilizamos para analizar semánticamente el universo son invención nuestra. No existen ‘ahí fuera’, porque ‘ahí fuera’ es únicamente el todo indivisible” (Talbot, 2007: 348).

La visión objetivista o mecanicista, que nació de las disciplinas de la física, en el siglo XIX fue el modelo dominante de la ciencia; desde distintos campos se describía al mundo natural como una máquina que si bien era compleja, también era infaliblemente previsible, determinada. Todas las ciencias se atenían al modelo de la física y aspiraban al ideal que ésta ofrecía: la reducción de toda realidad a números, para luego hallar leyes matemáticas que articularan tales números con un modelo ineludible. David Lindley (2008) señala que si los científicos se sentían alguna vez intimidados por sus propias ambiciones, se debía a la notable complejidad de la máquina que pretendían analizar: quizá sus mentes no eran un instrumento adecuado para examinar las vastas leyes de la naturaleza; probablemente enunciaban sus leyes sólo para percatarse de que carecían de la capacidad analítica para dimensionar las implicaciones. Pero si el método científico era endeble, eso no significaba que la naturaleza fuera impenetrable: si la mente humana se mostraba incapaz de explicarla, eso se debía a su percepción deliberadamente reduccionista.

Michael Talbot (2007) sugiere que la ciencia debe reemplazar el exacerbado objetivismo por investigaciones más participativas; a fin de cuentas se ha encontrado que la conciencia influye en el objeto investigado y, además, en un universo holográfico es inevitable la separación. Esto llevará a los científicos a pasar de meros observadores a experimentadores cuya experiencia seguramente los transformará; algunos ya lo están viviendo al involucrarse



directamente, por ejemplo, en las investigaciones de Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), o en las Experiencias Fuera del Cuerpo (EFC). Talbot señala que el investigador debe buscar técnicas para experimentar él mismo, en lugar de sólo tomar notas.

Concordantemente, Ken Wilber (2003), retomando a San Buenaventura, hace aportes importantes que echan por tierra el reduccionismo científico; argumenta que es posible acceder a las tres esferas del conocimiento —empírica, racional y contemplativa— ampliando la perspectiva metodológica y trascendiendo el reduccionismo. El debate fundamental, según Wilber, se centra en la pregunta: ¿empíricamente se puede validar el conocimiento místico, las verdades psicológicas y espirituales? Para responder a esta cuestión, primero es importante comprender la naturaleza de los tres tipos de conocimiento —el empírico, el filosófico y el de la esencia espiritual— así como sus relaciones, porque los tres pertenecen a campos bien diferenciados.

La propuesta de San Buenaventura ya tenía el antecedente del místico Hugo de San Víctor, quien estableció diferencias entre *cogitatio* (cognición empírica del mundo material mediante el ojo de la carne), *meditatio* (las verdades percibidas por el ojo de la mente, y *contemplatio* (el conocimiento de lo trascendente, al que se accede por el ojo de la contemplación). Pese a que estos términos se emplean desde la perspectiva cristiana, existe una concordancia con otras tradiciones psicológicas, filosóficas y religiosas. Estos tres ojos del conocimiento se corresponden con las propuestas de *La filosofía perenne* (Huxley, 2000) con respecto a los tres dominios del Ser: el carnal o material; el mental o anímico, y el trascendente o contemplativo.

El reduccionismo científico en que degeneró la ciencia, al no poder explicar otras realidades de naturaleza sutil, lo llevó a relegarlas. Sin embargo, a esta limitada epistemología se opone el pluralismo epistemológico, que abre horizontes más allá de los campos fenomenológicos. Es precisamente Ken Wilber quien lo plantea, recuperando los fundamentos principalmente de la tradición mística, en la que figuran San Buenaventura y Hugo de San Víctor, quienes sostenían que el ser humano cuenta con un ojo de la carne, uno de la mente y otro de la contemplación. Tres maneras de conocer que se corresponden con tres dimensiones: la ordinaria, la sutil y la causal. Ésta es la afirmación más contundente del pluralismo epistemológico: niega que sólo exista una manera de conocer; por el contrario, reconoce que estas tres formas de conocimiento son igual de válidas e importantes, pero cada una en su propio ámbito.

Para integrar a la ciencia con otros saberes, se sugiere considerar lo mejor de la sabiduría premoderna para combinarlo con lo más brillante del conocimiento moderno. Si la modernidad admitiera las diferentes formas del conocimiento, podría haber una relación armónica entre objetividad y subjetividad. El problema no es cómo integrar los diferentes campos del conocimiento, sino que la modernidad no admite la existencia de realidades que su

método reduccionista no puede explicar. Sin embargo, cuanto más se adentra la ciencia en lo físico, más descubre que su indagación requiere otro tipo de inteligencia; paradójicamente ella misma, forzada por sus descubrimientos, apunta hacia una realidad de orden superior; sus mismos hallazgos sugieren la importancia de atender los asuntos humanos que por mucho tiempo relegó. Desde la perspectiva del pluralismo epistemológico, la ciencia está incompleta porque no incorpora la conciencia del observador; los descubrimientos científicos son muy importantes cuando se utilizan para el bienestar humano, pero no cuando se emplean para atentar contra la vida; de ahí la relevancia de que la conciencia de la unidad trascienda el egocentrismo, pues el problema no es el conocimiento sino cómo se ejerce.

Hay un acentuado desfase entre el desarrollo de la ciencia y los niveles de la conciencia humana, justamente porque se privilegia el desarrollo tecnológico externo y material, en oposición al mundo interno de vida. Si bien es importante el desarrollo de la ciencia y la tecnología, necesitamos ser coherentes con los supremos valores de compasión y amor, capaces de restablecer un equilibrio armónico entre nosotros y la naturaleza; para eso requerimos conocer nuestra naturaleza interna a partir de una nueva visión que integre y no que separe, porque hasta ahora “todos o parte de los actores violentos, en muchas ocasiones enfrentados entre sí, continúan teniendo un peso muy fuerte” (Morales, 2008).

Fritjof Capra (1998: 269) señala que la visión mecanicista de Descartes ha tenido enorme influencia en las ciencias y en la forma de pensar del ser humano; la tendencia a fragmentar y reducir los fenómenos –cuya vasta y sutil complejidad o unidad es inabarcable– a sus supuestos elementos constitutivos, es decir, a sus “partes”, y a indagar los mecanismos mediante los cuales se generan sus interacciones “externas”, ha sido fuertemente condicionada por la cultura occidental, que a menudo la considera el único posible método científico. De manera que los conceptos, opiniones e ideas que no concordaban con los principios de la ciencia clásica eran relegados y menospreciados. “A consecuencia del abrumador énfasis puesto en la ciencia reduccionista, nuestra cultura se ha vuelto cada vez más fragmentaria y ha creado tecnologías, instituciones y modos de vida que son profundamente insanos” (Capra, 1998: 269). Evidentemente, en esas formas de vida insanas se sitúan tanto el ejercicio de la violencia como la pretensión de erradicarla a través de conductas reactivas y defensivas; ambas actitudes expresan una percepción distorsionada de la realidad, sustentada por el reduccionismo científico.

¿Cómo puede haber una parcela para el desarrollo espiritual en un mundo en el que espíritu no cuenta? Los científicos se obcecán en llevarnos a la nada, en convertirnos en monos que han alcanzado el estatus de superhombres. Y ser superhombre exige estar por encima del hombre. Nos educan en un sistema competitivo, en el que si no vences eres el vencido (Martínez, 2008: 29).

Algunos pensadores sostienen que como humanidad nos espera un futuro incierto y preñado de violencia, si no se logra la reconciliación entre ciencia y conciencia. Dice Ken Wilber (1998) que es apremiante la reconciliación entre ciencia y religión; por supuesto, a esta última la entiende en el sentido de *religare*, de una reunificación, y no como doctrina dogmática de dominación. Desde esta perspectiva se sugiere que urge encontrar un núcleo común a las grandes tradiciones; de lo contrario no habrá reconciliación entre ciencia y las dimensiones trascendentes del ser humano. Ese núcleo común consiste en la naturaleza esencial que compartimos y que nos hace semejantes, más allá de las diferencias superficiales de raza, color o creencias. Eckhart Tollenos dice al respecto:

La ciencia y la tecnología han amplificado el impacto destructivo ejercido por la disfunción de la mente humana sobre el planeta, sobre otras formas de vida y sobre los mismos seres humanos. Es por eso que la historia del siglo veinte es la que permite reconocer más claramente esa locura colectiva. Otro de los factores es que esta disfunción se está acelerando e intensificando (Tolle, 2005: 7).

Los avances tecnológicos y los nuevos descubrimientos científicos son importantes, pero pierden todo sentido cuando son usados para generar violencia y destrucción; por eso es crucial la experiencia interna, más allá del progreso social y económico; necesitamos expandir la conciencia e impulsar su evolución, para generar valores universales, orientados hacia la unificación y construcción de una cultura de paz, cuyo punto primordial se encuentra en el mundo interno del sujeto, sustentado en su propia naturaleza trascendente y divina.

Lo opuesto a la cultura de paz es la cultura de violencia. Por ello, toda cultura de paz debe comenzar por desenmascarar la cultura de violencia, encontrando los mecanismos culturales que justifican la violencia y la hacen ver como algo natural e inevitable. Al hablar de cultura de paz y cultura de violencia se asume que ni la guerra ni la violencia son connaturales al ser humano (Jiménez, 2012: 33).

La ciencia tiene problemas justamente porque le faltan los fundamentos metafísicos desde que asumió los supuestos del materialismo y la razón instrumental, relegando la subjetividad trascendente del Hombre y su naturaleza ontológica. La emergente conciencia de la humanidad reclama la reconstrucción de la ciencia sobre una base metafísica, porque hasta ahora no conecta con aspectos de la experiencia humana. La espiritualidad ha sido una dimensión que se encuentra presente en distintas tradiciones místicas de diferentes sociedades; ninguna ha podido erradicar el anhelo de contactar con algo superior. La transformación de nuestra visión del mundo plantea un nuevo paradigma; dicha visión se caracteriza porque va de la fragmentación, competencia y separación a la unidad, cooperación y totalidad; de la autoridad externa a la interna; del autocontrol a la verdad esencial. El Dalai Lama

dice que la ciencia y la espiritualidad poseen aproximaciones analíticas diferentes, aunque ambas tienen como fin último la indagación de la verdad. “Es más, por medio del diálogo entre las dos disciplinas, espero que tanto la ciencia como la espiritualidad puedan llegar a ofrecer un servicio a las necesidades y al bienestar de la humanidad” (Dalai, 2007: 15).

### *La paz no se consigue con violencia*

Las guerras –y toda la violencia y el sufrimiento que éstas generan– no se acaban por decretos o propagandas antibélicas; lo harán sólo cuando las extirpemos desde su raíz en la conciencia humana. Aun cuando sus manifestaciones no sean precisamente batallas militares, siempre existen grupos sociales o incluso individuos aislados que están comprometidos con alguna forma de beligerancia. Todavía predomina el viejo paradigma que sostiene que la paz se consigue mediante prácticas violentas; en otras palabras, se pretende acabar con ésta ejerciéndola; sin embargo, como dice Galtung (2003), la paz sólo se puede lograr por medios pacíficos.

Esta forma distorsionada de percibir y experimentar la vida nos está trayendo graves consecuencias, pues sólo generamos más violencia en lugar de construir relaciones de concordia, respeto y armonía; pretendemos producir la paz *forzándola*, por reacción y no por *acción*, no como expresión natural de lo que es inherente al hombre. Como señala Maslow (2001), las personas portamos de manera natural el valor supremo; todos tendemos hacia la evolución y perfección, para ser plenos. El amor y la compasión hacia los demás y a la vida misma en cualquiera de sus formas, han dejado de ser los valores supremos que civilizaciones ancestrales postulaban; en su lugar practicamos aquellos que nos dividen como especie y nos separan de las demás. Aunque muchas personas siguen creyendo que los conflictos se resuelven con violencia, hoy esa creencia ha aminorado y se piensa más en términos de paz que de guerra; hay quienes ya muestran interés por las experiencias internas y sostienen que para evitar la guerra tenemos que empezar por nuestro propio desarme interior.

Pero de una manera acorde con el paradigma occidental, la mayoría continúa reproduciendo las conductas reactivas, mecánicas, de la conciencia egocéntrica, la cual asume como relevantes los prejuicios raciales, culturales y religiosos. Nos encontramos en un nivel de conciencia muy elemental; aún damos por sentado que el universo no es más que indiferente y caótica materia; concordantemente, buscamos la paz disociando, peleando y confrontando. Todavía a muchos les parece utópico cambiar la realidad desde nuestra propia conciencia; sin embargo, salta ya a los ojos que la paz no se consigue con más violencia. Incluso la ciencia está haciendo aportes que nos ayudan

a comprender la importancia de transformarnos interiormente para cambiar el mundo; y la sabiduría ancestral está emergiendo con fuerza, a tal punto que camina ya de la mano con la misma ciencia. Entonces ¿cómo podemos generar una filosofía y una cultura de paz? A través de una revolución, sí, pero interior, que nos conduzca a la percepción de una humanidad integrada y hermanada por lazos esencialmente indisolubles. Krishnamurti señala que este problema no se resolverá mientras continuemos percibiéndonos fragmentados, sino hasta que comprendamos “que cada uno de nosotros, como ser humano, es toda la humanidad” (1996: 185-186).

Con esa premisa es importante definir qué entendemos por paz, aunque el término haya sido por demás manoseado en los años recientes. Escribe Saidi Ahuerma: “Paz en la tierra, dice el hombre y se refiere o cree referirse a la paz de vecinos, al hecho de no agredirse materialmente los unos a los otros” (1992: 11). Sin embargo, la paz es algo más profundo y trascendente, algo que le compete directamente al individuo; éste debe procurar en primera instancia aquella paz interna que supone la ausencia de conflicto interior, la quietud de su ser, para producir orden. De acuerdo con este pensador, cuando el ser humano se debate en su inquietud derrocha grandes cantidades de energía que lo conducen al sufrimiento; no tiene paz y, en consecuencia, tampoco la encontrará en su entorno; de ahí que lo primero que el ser humano debe procurar es su propia paz interior antes que la exterior. De manera que cada paso que dé hacia su quietud interna lo aproximará a su ser y a la paz en su alma y en su corazón.

Thich Nhat Hanh es uno de los grandes místicos contemporáneos que también sugiere que sólo podemos lograr la paz a partir del autoconocimiento y a través de la práctica de la meditación. En este mismo sentido escribió su libro *La paz está en cada paso* (2000). Él puntualiza la importancia de centrarse en el presente y sugiere la disciplina meditativa para conseguir la paz. Nos dice al respecto:

y cuando te sientas tan descansado como el guijarro que ha alcanzado el lecho del río, ese será el punto en el que encontrarás tu propio descanso. Ya no te sientes empujado ni atraído por ninguna otra cosa; sabes que si no puedes encontrar alegría y paz en ese preciso instante, el futuro fluirá como fluye el río, no podrás retroceder, serás incapaz de vivir el futuro, cuando ese futuro sea ya el presente. La alegría y la paz sólo son posibles en ese preciso instante y si no las hallas aquí no las encontrarás en ningún otro lugar (Nhat, 2003: 79-80).

En su libro *El Sol, Mi Corazón* (Nhat, 1999: 72-73), señala que la compasión por los demás es el origen de la reconciliación y que de ese sentimiento emergen los movimientos pacifistas. Él sostiene que incluso si somos afortunados podemos encontrarnos con quienes extienden la compasión hacia los animales y son incapaces de matar incluso a los insectos; en consecuencia no matarían

a otro ser de la misma especie; por el contrario, hacen todo lo posible para ayudar a quienes padecen hambre, enfermedad o cualquier otra situación de opresión. “Por lo menos, estas personas, han comprendido como mínimo la naturaleza interdependiente de la vida” (Nhat, 1999: 73).

El ejercicio de la violencia expresa valores que no se practican por decreto sino por una percepción distorsionada de la realidad; manifiesta una visión fragmentada del mundo. Por eso los valores que hoy practicamos son dañinos e impiden un saludable desarrollo humano y espiritual; de ahí la importancia de plantearnos valores nuevos que permitan relaciones sociales y planetarias de concordia, donde todos podamos coexistir y convivir como una sola familia. Los valores esenciales tienen como base la espiritualidad, entendida como un estado del ser en que somos conscientes de la unidad sin fisuras de todo lo que existe; ello supone una reintegración con los diversos niveles de la totalidad, la disolución de la coraza agresiva y defensiva del yo.

Cierto, parece haber una tendencia hacia un marcado narcisismo e individualismo, un creciente afán consumista de bienes materiales y psicológicamente satisfactorios, como el éxito, el prestigio y demás; sin embargo, hoy asistimos igualmente a cambios significativos de conciencia que nos están conduciendo a replantearnos lo que hasta ahora hemos entendido por ciencia, expandiendo sus horizontes hacia una perspectiva incluyente y pluralista; asimismo es cada vez mayor nuestro interés por desplegar dimensiones subjetivas, concretamente la espiritualidad, sustentados por teorías de frontera y por la antigua sabiduría de la filosofía perenne. Por ejemplo, el mismo Ken Wilber (1998) plantea la necesidad de reconciliar ciencia y religión, con miras a recuperar las dimensiones objetiva y subjetiva de los diferentes niveles de la totalidad. El nuevo paradigma integral sugiere que ambas visiones son expresiones de orden superior de la realidad e interdependientes; dicho paradigma se sostiene en la idea de que la divina base de toda existencia es un absoluto espiritual y reconoce una realidad trascendente en el mundo de las cosas, las vidas y las mentes, cuya esencia se encuentra en todo el cosmos.

La ciencia vanguardista está demostrando que el universo es una totalidad indivisible que da significado a las partes, y que tal unidad es su principio básico. De hecho, separación y totalidad son asuntos de perspectiva; todo está en la mente. El planeta es uno solo: sus especies, nosotros incluidos, son partes constitutivas de él. Tal comprensión supone trastocar profundamente la subjetividad mediante la experimentación directa del mundo interno. “Si bien el anhelo de mejorar y de ser buenos es un propósito elevado y encomiable, es un empeño condenado al fracaso a menos de que haya un cambio de conciencia” (Tolle, 2005: 8).

Son abundantes las evidencias de la unidad e interconexión del universo que conocemos en dos sentidos: a través del mundo físico externo, objetivo, y desde nuestra interioridad, es decir, a través de nosotros mismos. Gracias a

los avances científicos y tecnológicos, vivimos una época privilegiada: tenemos acceso a todas las culturas pasadas y presentes como nunca antes, y a medida que avanzamos hacia una conciencia integral, el ser humano tiene la posibilidad de acceder a la totalidad: a la sabiduría, al conocimiento ya la tecnología como aspectos diferentes de la realidad pero constitutivos de ésta. Es de esa manera que comienzan a integrarse los distintos campos y ecosistemas de la vida, incluyéndonos a nosotros mismos como parte de la misma naturaleza. “Existe de hecho una urgente necesidad de un cambio fundamental de paradigma que permita integrar, en un todo coherente y lógico, el creciente flujo de conocimientos revolucionarios procedentes de las más diversas disciplinas” (Diesbach, 2001: 19).

Actualmente la visión de totalidad e integración es abrazada por diversidad de personas de diferentes creencias, colores, denominaciones, razas y culturas. El proceso de reconocer la existencia de conocimientos interiores y de realidades superiores no está libre de controversias; sin embargo, se está generalizando la comprensión de que necesitamos una psicología orientada a identificar las condiciones en que la gente pueda aprender a amarse a sí misma y a los demás; se está comenzando a comprender la importancia de no lastimar a otras personas ni a las demás formas de vida. La ciencia integrada a la conciencia posibilitará el conocimiento no sólo del mundo externo y de las leyes físicas, sino también de nuestra interioridad, campo que nos develará la unidad con nuestros semejantes y con otras especies, de manera que el respeto, la dignidad, la concordia y la compasión puedan ser valores universales que atraviesen todas las etapas de nuestra vida como parte esencial de la condición humana.

Si bien, asistimos a problemáticas sociales que demandan soluciones prácticas, estas últimas son consecuencia de la conciencia, por eso es crucial revolucionarla a través del autoconocimiento; saber quiénes somos significa saber también quiénes son los demás. “No podemos llegar a ser buenos esforzándonos por serlo sino encontrando la bondad que mora en nosotros para dejarla salir. Pero ella podrá aflorar únicamente si se produce un cambio fundamental en el estado de conciencia” (Tolle, 2005: 8). Entonces sabremos que no estamos separados y que las diferencias son irrelevantes frente a la grandeza que nos une; sabremos también que somos capaces de corregir y reencaminar los pasos equivocados que hemos dado y que nuestra participación es crucial en esta red orgánica de la que formamos parte. Además la perspectiva holográfica del universo nos está ayudando a comprender que cualquier acción que emprendamos afectará a la realidad, que por cierto es mucho más grande y trascendente de lo que parece; hay muchas cosas intangibles que sin embargo son reales: podemos ver o experimentar sus efectos en nosotros, objetiva y subjetivamente.

Las crisis a las que hoy asistimos suelen agudizarse a tal punto que nos obligan a replantear las bases de nuestra propia existencia en este planeta; de

ahí que los asuntos humanos —como los valores y la paz— estén llamando fuertemente nuestra atención, sobre todo para ser estudiados desde perspectivas alternativas al paradigma prevaleciente. En este contexto, los científicos de frontera sugieren que no podemos cambiar el mundo que nos rodea si no cambiamos antes nuestra percepción; es imprescindible una nueva conciencia de las cosas, experimentar internamente un proceso transformador que conduzca a la comprensión de una realidad interconectada, dinámica y holográfica.

Hoy asistimos a cambios verdaderamente importantes; cada vez son más quienes asumen una visión integral, y cada vez más personas se declaran partidarias de la paz y el amor universales. Los medios de comunicación divulgan a diario las noticias más dramáticas, pero ignoran lo que está sucediendo en las dimensiones subjetivas de los seres humanos. Algo importante sucede en el planeta; una evolución de conciencia ha comenzado a poner en su lugar al yo convencional defensivo y reactivo, y a integrar al Ser. “Un porcentaje todavía relativamente pequeño pero cada vez más grande de personas ya está experimentando en su interior el colapso de los viejos patrones egotistas de la mente y el despertar de una nueva dimensión de la conciencia” (Tolle, 2005: 12).

Están surgiendo agrupaciones con propuestas y proyectos encaminados a establecer estilos de vida cooperativos y compasivos, con un sentimiento más profundo de interconexión y hermandad; se están fundando eco-aldeas, comunidades de colaboración en lugar de la destructiva competencia. De esa manera pasamos del ego-yo al Eco-yo. No es lo mismo pensar en la muerte de la biosfera que pensar en nuestra propia muerte; cuando nos asumimos todos como Uno, entonces cambia nuestra perspectiva. La nueva ciencia cuestiona los supuestos de un yo separado y sugiere que al asumir la totalidad no perdemos nuestra identidad; por el contrario, la recuperamos en una dimensión más profunda y esencial del Ser, pues despertar a la totalidad significa el despertar del verdadero Yo, donde el mundo aparece como uno mismo.

Cuanta más gente tome conciencia, y cuánto más sepamos qué es lo que promueve este despertar interior, más favorable se mostrará el entorno social, y más propicio a que un número cada vez mayor de personas asista al despertar de su conciencia, incluso con mayor rapidez; lo cual a su vez, facilita que un número creciente de individuos sufra una transformación de la conciencia. El resultado final bien podría ser un salto colectivo de la conciencia (Russell, 2000: 27).

Distintas disciplinas están aportando sus hallazgos para asegurar que no somos partículas aisladas e independientes, y que no actuamos mecánicamente, determinados por fuerzas externas a nosotros; por el contrario, somos sujetos creadores de las circunstancias, con capacidad de elección para asumir la responsabilidad universal como seres que co-creamos nuestras realidades desde la propia subjetividad en concordancia con las demás. Por eso se trata de despertar a una conciencia que valore a los otros tanto como a uno



mismo; a una conciencia no beligerante sino pacífica y de unidad cuya identidad sea expansiva e incluyente, cosmocéntrica y no egocéntrica; porque “ahí afuera” no existen otros cuyas vidas no deban ser honradas como la de uno mismo; no hay otros cuyos asuntos nos sean ajenos; todos vamos en el mismo barco; todos compartimos el mismo origen y la misma fuente de creación que nos hermana como especie humana. Nos une la misma inteligencia y mente superior que da vida a cada uno de nuestros pensamientos y acciones.

Si bien debemos honrar y reconocer la diversidad, es importante construir identidad en términos transculturales, una identidad de genuina espiritualidad —la que une a través de la fuerza vital que trasciende todo límite y demarcación, que está presente en todas las mentes, las vidas y las cosas, como lo señalan la filosofía perenne y la sabiduría de todas los tiempos. La ciencia de frontera y los planteamientos de los grandes pedagogos están sosteniendo este nuevo paradigma que unifica e integra; de ahí la importancia de una ciencia que incluya la conciencia del investigador y del ser humano en general; una ciencia cuya temática, por fortuna, se está expandiendo desde enfoques y disciplinas diferentes; una ciencia que demuestra que los niveles de conciencia sí determinan los comportamientos de las personas: alguien cuya conciencia es excluyente tenderá a conductas agresivas y violentas, mientras que alguien con una conciencia más elevada e incluyente se inclinará con todo su ser a la cooperación y el respeto, a la compasión y la concordia.

### *La paz como expresión de la naturaleza humana*

Creo sinceramente que todos los seres humanos somos de la misma naturaleza, tanto a nivel mental como emocional. Todos nosotros tenemos el potencial para ser personas felices y buenas y también lo tenemos para ser malas y perjudiciales. Creo que el potencial para todas estas facetas está presente en nosotros. Lo importante es tratar de fomentar, en cada uno de nosotros, los aspectos positivos y útiles y tratar de reducir los negativos. [...] Mi principal interés es fomentar la comprensión del valor más profundo del ser humano. El valor humano más profundo es la compasión, un sentimiento afectuoso y comprometido...

Dalai Lama

La complejidad del ser humano estriba en su naturaleza multidimensional, en sus aspectos tanto objetivos como subjetivos; posee masa corporal pero también mente, emociones, cultura y espíritu; asimismo tiene sentido de lo ético y de lo bello, y posee la capacidad de emitir juicios, de discernir lo correcto de lo incorrecto. A diferencia de los animales, posee entendimiento y la capacidad de razonar; sin embargo, estas cualidades no son suficientes para actuar correctamente; por sí solas son simples herramientas cuyo uso puede orientarse hacia el bienestar común o al perjuicio tanto de uno mismo como de otros. Es en este sentido que la ciencia necesita integrarse a la conciencia; de esa manera trascendería el reduccionismo y recuperaría la naturaleza multidimensional del ser humano.

Si bien la naturaleza humana supone experiencias complejas donde los límites entre lo correcto y lo incorrecto se pierden, por cuanto no existen hombres totalmente buenos o totalmente malos, los seres humanos sí pueden acceder a un nivel de conciencia que orienta nuestros actos cotidianos a partir de un entendimiento de la vida, del mundo y de la relación con los demás. Una conciencia elevada supone una perspectiva más incluyente, pues el ser humano consciente se percata de que no existe solo, independiente y desconectado de los otros; por el contrario, es parte constitutiva de algo más grande e interconectado. En consonancia con esta percepción integral, sus actos consideran e incluyen no sólo a sus semejantes sino también a otras especies, a los ecosistemas, al planeta e, incluso, al cosmos entero, sobre todo cuando se ha alcanzado una conciencia cosmocéntrica.

Frente al reduccionismo de la ciencia está emergiendo una nueva visión que contempla las diferentes dimensiones de los distintos niveles de la totalidad, con fundamentos filosóficos que consideran la unidad y la interconexión. Esta visión en realidad no es del todo nueva; los filósofos griegos, como Sócrates y Platón, ya planteaban la necesidad de explorar las dimensiones interiores al señalar la importancia del autoconocimiento. Hoy se están haciendo planteamientos en el sentido de articular la ciencia occidental con la antigua sabiduría de Oriente, de modo que nuestro proceder se encamine hacia el bienestar común. Es preciso reconciliar ciencia y espiritualidad y hacernos conscientes de nuestra naturaleza divina; ello supone recuperar capacidades humanas que fueron relegadas por la visión mecanicista y fragmentada; porque el fracaso en crear comunidades de justicia y amor significa fundamentalmente la incapacidad de imaginar una vida donde florezcan el amor y la libertad, donde la integridad y el orden sean la norma.

Más allá de las dimensiones cognitivas, el ser humano comparte con todos los seres vivos y con todo una inteligencia esencial y de orden superior. Como sostiene Abraham Maslow (2001: 26-27), los seres humanos somos natural y esencialmente buenos, y es por demás importante no distorsionar o deformar nuestra naturaleza a fin de vivir de un modo feliz, provechoso y saludable.

Por eso para Maslow es importante investigar cómo es realmente el ser humano en su interior, como parte de la especie humana y en cuanto individuo particular; cuanto más conozcamos sus tendencias naturales más fácil será decirle cómo ser buena persona, amarse y respetarse a sí mismo y desplegar sus más altas potencialidades. La mejor forma de saber cómo actuar es conociendo qué y quiénes somos, pues las decisiones éticas atraviesan por lo que se es, por la propia naturaleza, y si la conocemos es más fácil actuar correctamente.

Maslow (2001) sostiene que el autoconocimiento debe ser el instrumento más importante, aunque no el único; tal planteamiento supone el conocimiento de los demás y del mundo. En este proceso cumplen un papel importante no sólo los terapeutas sino también la educación y la familia. Independientemente del camino que cada uno elija, es crucial comprender que la paz supone no sólo la autorrealización sino también y fundamentalmente una nueva forma de relacionarnos con los demás.

Cuando comprendamos quiénes somos, las guerras desaparecerán, pues éstas no son necesarias para una conciencia expandida e incluyente donde el “otro” desaparece. Así pues, el problema no es averiguar cómo detener las guerras sino comprender su causa y desde ahí erradicarlas —a la luz de la conciencia de nuestra unidad con todas las demás formas de vida. En esa forma el ejercicio de la cooperación, el respeto y la cordialidad se tornan acciones naturales e inevitables. El desafío de quienes buscan reconstruir una cultura orientada hacia la paz, es trabajar en la generación de perspectivas del conocimiento que contribuyan a erradicar la ignorancia y la pobreza espiritual que padece la humanidad. De ahí la necesidad de articular la ciencia con la conciencia del investigador, pues éste no puede despojarse de su propio mundo interior.

A medida que el ser humano se hace más consciente de su inevitable relación con el mundo —que es a la vez externo e interno—, más urgente es su necesidad de explorar una nueva dimensión de sí mismo —dimensión profunda y, por lo mismo, no condicionada por los parámetros socioculturales y libre tanto de las formas reactivas y alienantes del paradigma reduccionista que ha fragmentado y dividido al mundo como de la razón instrumental que todo lo explota y comercializa. Entonces el yo reactivo deja de tener fuerza y da lugar a otra subjetividad más rica que unifica en lugar de disociar.

¿Por qué es importante que el ser humano despliegue la totalidad de sus dimensiones? Porque eso implica el desarrollo de una conciencia integral, a partir de una percepción integradora cuyos intereses trascienden el individualismo y enfatizan el bienestar común, pues la comprensión de todas las dimensiones conduce *de facto* al despliegue integral del ser humano; no de manera aislada y desconectada, sino como parte inherente de la totalidad. Esa conciencia se desarrolla a partir de la dimensión espiritual, cuya natu-

raleza es crucial en la vida del hombre y no es aventurado considerarla el corazón y el sustento de la naturaleza humana, así como de los valores más elevados, pues una de sus cualidades más relevantes es justamente su carácter transpersonal.

Hay personas que viven muy descontentas tanto de sí mismas como de la sociedad que les rodea; tal descontento no es fruto de problemas personales o de una incapacidad de adaptación al entorno, sino de la carencia de algo más fundamental y trascendente, cuyo sentido se encuentra justamente en la espiritualidad. Ella es la que nos permite actuar en función del bien común y no del mero interés personal; la que posibilita el despliegue de una conciencia transpersonal y cosmocéntrica. El desarrollo moral es necesario pero no suficiente, porque con él nos quedamos sólo a un nivel cognitivo o de teoría, mientras que la espiritualidad supone un elevado nivel de conciencia para actuar correctamente, de modo que el buen juicio sea congruente con las acciones y nos permita comprender lo siguiente:

Las personas son sistemas complejos con componentes intrapersonales como cogniciones y emociones. Estas personas interactúan formando grupos que a su vez interactúan entre ellos constituyendo las sociedades que al mismo tiempo interactúan como estados y naciones que a su vez pueden ser parte de civilizaciones y regiones que interactúan constituyendo, no mundos, sino un mundo que interactúa y constituye un sistema planetario (Calderón, 2009: 68).

Pese a que el arte, la estética y la ética han sido campos excluidos por cuanto son considerados irrelevantes e improductivos en sociedades cuyos propósitos prioritarios son la riqueza material y el estatus social, afortunadamente hay señales de que nuestra propia naturaleza está pasando por grandes cambios; está llegando a su fin aquella que destruye, divide y conquista a costa de otros o de otras especies. Aunque nos parezca extraño y paradójico, las crisis nos indican que algo trascendente sucede, que se están trastocando viejas estructuras de un paradigma ya insostenible; en estos derrumbes tienen mucho que ver los nuevos planteamientos que la ciencia hace, abriéndose a perspectivas metodológicas pluralistas que incluyen a los diferentes campos del conocimiento.

No se trata de atribuirle a la ciencia un carácter antiespiritual; lo cierto es que según como se la ponga en práctica puede favorecer u obstaculizar el crecimiento espiritual de los humanos. La ciencia con una metodología plural posibilitará el estudio de las diferentes dimensiones de lo humano; en los campos espiritual, ético y estético, puede hacer aportes importantes para la manifestación del Espíritu. Los avances científicos en lo relativo al cuerpo físico y a su desenvolvimiento en el mundo tangible, pueden contribuir a que el ser humano se conozca así mismo desde una perspectiva amplia y genuina; esto supone una percepción integral de los valores esenciales y universales.

Tal comprensión todavía no existe; los adelantos y propósitos de la ciencia tienden a ser destructivos y alienantes. Sin embargo, si seguimos avanzando hacia el nuevo paradigma científico, amplio e integral, habrá la esperanza de que en un futuro no muy lejano la ciencia y la conciencia caminen de la mano, diferenciándose pero articuladas y complementadas.

### *La dimensión espiritual como fundamento de la paz*

La espiritualidad es una dimensión que ha sido expulsada por el reduccionismo científico, pues éste toma en cuenta sólo al mundo fenoménico; no puede ser estudiada ni explicada por este método, debido a su naturaleza sutil, porque en su connotación más sencilla espíritu significa aliento o sople. Fritjof Capra (2007) también considera el Espíritu como el aliento de la vida, y agrega que los momentos espirituales que vivimos son los más intensos, aquellos en los que somos más conscientes de lo que nos rodea pues nos brindan una experiencia de pertenencia a la totalidad.

La espiritualidad tiene un carácter eminentemente práctico; no es un conjunto de creencias dogmáticas o religiosas, sino independiente de éstas. Sólo en un sentido distorsionado y fanático se le asocia con Iglesia o con alguna otra religión institucionalizada que ha perdido su propósito original de *religar*. Como dice el Dalai Lama: “Ser creyente o no creyente, budista o no budista, no importa, es secundario. Lo importante es que, como seres humanos, vivamos una vida significativa y útil” (2003 [1998]: 142). Algunas veces la Iglesia sí contribuye al despertar de la espiritualidad; pero por lo general ha sido instrumento de colonización y dominación, y se ha convertido en dogma que distorsiona su propósito de unificar y hermanar; “no obstante, una religión con un enfoque místico genuino podría cambiar de verdad el mundo” (Laszlo, 2000: 61). También es preciso decir que aunque regularmente las palabras “iglesia” y “religión” son intercambiables, no son lo mismo; la primera está más ligada a creencias, y la segunda a una connotación integral y vivencial; su significado original es re-ligar, volver a unir, reconectar, aunque en un sentido más profundo que el habitual.

La espiritualidad también ha sido asociada equivocadamente con fenómenos paranormales; se piensa que quienes tienen ese tipo de experiencias son más espirituales. Sin embargo, esta dimensión no tiene como condición estos eventos; en algunos casos podrían incluso contraponerse; todo depende de la orientación o propósito que tenga el despliegue de tales potencialidades. El desarrollo humano es otro de los objetivos con los que la espiritualidad suele ser confundida; aunque como corriente de pensamiento se ha extendido ampliamente en las sociedades modernas, dista mucho de tocar a la dimensión

espiritual, por cuanto sólo procura el desarrollo de las capacidades humanas propias y no toma en cuenta a los semejantes y a las demás especies; al dejar fuera a otros, se descuida el asunto de las relaciones, por eso en algunos casos es una línea que se antepone a la espiritual. La preocupación fundamental de tal desarrollo estriba en su carácter personal, en que posibilita el despliegue de distintas potencialidades de índole física y psíquica, pero no espiritual; en ese sentido, tal desarrollo puede incluso tornarse patológico, pues se busca sólo el beneficio individual, aunque suponga un perjuicio para alguien más.

La espiritualidad tampoco es una cuestión de edad o de conocimiento; una edad avanzada no supone un mayor nivel de espiritualidad. En todo caso, la edad no es condición para experimentar la espiritualidad, porque si así fuera habría un desarrollo lineal y, en lugar de la penuria que padecemos, tendríamos riqueza espiritual. En cuanto al conocimiento, si bien es importante como dimensión cognitiva, pues permite capacidad de discernimiento, no supone espiritualidad; una cosa es el conocimiento a ese nivel y otra su puesta en práctica. Así que más conocimiento o mayor nivel académico tampoco es condición para desplegar espiritualidad.

En las diferentes épocas de la historia humana han existido diferentes grupos sociales de distintas razas, colores de piel y lenguas, con sus correspondientes costumbres, estilos de vida, culturas. Pero ninguna de estas cualidades determina su espiritualidad; ésta puede desplegarse independientemente de cualquiera de estas características superficiales. La espiritualidad tampoco depende del grado de memoria que se tenga o del pensamiento, y tampoco de la riqueza o pobreza material; no puede medirse por el nivel socioeconómico, por el estatus o por la clase social, ni está basada en la autoridad.

La espiritualidad es experiencia inmediata y directa con todo, la cual despliega y nutre lo mejor de nosotros; experiencia vivencial e interna, manifestación de la naturaleza esencial; por eso posibilita el desarrollo de la conciencia que permite encontrar a todo un sentido profundo y estético; posibilita la capacidad de ser feliz a pesar de las circunstancias, no por ellas. Espiritualidad es todo aquello que nos hace ser mejores personas, pero que al mismo tiempo nos permite apertura para reconocer la sombra y trascenderla. Como dice Stanislav Grof (2003), la verdadera espiritualidad tiene que ver con una profunda toma de conciencia de la unidad con todos y con todo, y por ello trasciende razas, culturas e iglesias.

Como asunto práctico, supone un estado de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el todo; conlleva el arte de sublimar y reconciliar las energías primordiales, con el consecuente desapego de las formas defensivas y reactivas del yo. La espiritualidad es laica y, entendida en su mejor sentido, nos conduce a una mayor sensibilidad estética, a la capacidad de asombro, a tornar extraordinarios los hechos cotidianos de la vida, a una ma-

yor capacidad de amar, a la compasión, a reconocernos en los otros, en toda forma de vida, en el Todo. La espiritualidad es algo que uno tiene que vivir directamente como individuo, pero no es una experiencia de aislamiento, de disociación, sino de totalidad, de contacto y unión con la realidad última. Por eso la espiritualidad es fundamental para manifestar paz como reflejo de una conciencia de totalidad; el acceso a ésta posibilita los actos fluidos y naturales de hermandad, compasivos y amorosos, pues el otro desaparece en una conciencia sin fronteras y no hay entonces enemigos a quienes atacar. Como dice Krishnamurti: “La vida es un movimiento de relación. Comprender esa relación y terminar con el conflicto que hay en esa relación, es todo nuestro problema. Éste consiste en ver si el hombre puede vivir en paz, no sólo internamente sino también en lo externo” (1983: 66).

### *Bibliografía*

- Ahuerma, Saidi (1992), *Del ser y su manifestación en el arte*, Orión, México.
- Calderón Concha, Percy (2009), “Teoría de conflictos de Johan Galtung”, en *Revista de Paz y Conflictos*, núm. 2, Universidad de Granada, Granada.
- Capra, Fritjof (1998), *El punto crucial*, Estaciones, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2007), *El tao de la física*, Sirio, Barcelona.
- Dalai Lama (2003 [1998]), *Hacia la paz interior. Lecciones del Dalai Lama*, Apóstrofe, Virginia.
- \_\_\_\_\_ (2007), *El Universo en un solo átomo*, Random House Mondadori, México.
- Diesbach, Nicole (2001), *Frontera*, Yug, México.
- Galtung, Johan (2003), *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Colección Red Garnika, Bilbao.
- Grof, Stanislav (2003), *La evolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.
- Huxley, Aldous (2000), *La filosofía perenne*, Edhasa, Barcelona.
- Jiménez Rodríguez, Manuel José (2012), *Breve estudio sobre ideas de Paz*, Observatorio para la paz, Bogotá.
- Krishnamurti, Jiddu (1983), *Usted es el mundo*, Edhasa, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (1996), *Sobre las relaciones*, Edaf, Madrid.
- Laszlo, Ervin, et al. (2000), *La revolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.
- Lindley, David (2008), *Incertidumbre*, Ariel, Madrid.
- Martínez, José Manuel (2008), *Buscando la paz interior*, Lulu Enterprises, Carolina del Norte.
- Maslow, Abraham (2001), *El hombre autorrealizado*, Kairós, Barcelona.

Morales, Bertrad Covanga (2008), *Explorando conceptos: seguridad humana y construcción de paz*, Fundación para las Relaciones Internacionales y el Dialogo Exterior, Madrid.

Nhat Hanh, Thich (1999), *El Sol, Mi Corazón*, Drama, España.

\_\_\_\_\_ (2000), *La paz está en cada paso*, Cuatro Vientos, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_ (2003), *Cómo lograr el milagro de vivir despierto*, Jaguar, Madrid.

Russell, Peter, Ervin Laszlo, y Stanislav Grof (2000), *La revolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.

Talbot, Michael (2007), *El universo holográfico*, Palmyra, Madrid.

Tolle, Eckhart (2005), *Una nueva Tierra. Un despertar al propósito de su vida*, Grijalbo, Barcelona.

Wilber, Ken (1998), *El ojo del espíritu*, Kairós, Barcelona.

\_\_\_\_\_ (2003), *Los tres ojos del conocimiento*, Kairós, Barcelona.